GUERRA SILENCIOSA

Dedicado a Lector.

"Una curiosidad insaciable, el alma de un niño, el corazón de un poeta, el coraje de un soldado".

Capítulo 1.

Son las doce y media de la noche. Me gusta la calma que se respira aquí. Estoy en un centro de Campamentos para jóvenes vacío, conozco este sitio, suele llenarse los fines de semana y en fiestas señaladas, pero no un Miércoles por la noche. Tengo una lista de sitios, las llamo ciudades de refugio.

Mi habitación es sencilla, dos camas, mesa de noche, baño, escritorio. Hay luz, hay agua, y todo está limpio. Lo que suelo hace es comprobar que el sitio está vacío, otras veces me arriesgo. También tengo hoteles que están en temporada baja y que no suelen tener apenas actividad hotelera.

Mi equipaje es mínimo, una mochila, un Tablet, un portátil ultra ligero, un Smartphone, una batería externa, algo de ropa interior limpia, un pequeño kit de aseo. Y dinero en efectivo. Me acomodo en la cama y me conecto a Internet, tras un rato decido ver un episodio de una serie, pero… estaría bien una bebida y algo de picar. Me pongo de pie y aparezco en la parte de atrás de una gasolinera, doy la vuelta y entro tranquilamente, compro una bebida y un Snack ligero, pago en efectivo y me voy. Esa gasolinera está a 300 Km de donde tengo mi habitación en el centro de campamentos. Y ahora sí, ya en mi habitación me acomodo y disfruto de mi serie favorita.

Me tumbo en la cama individual, sacó mi móvil y cojo patatas fritas de manera distraída mientras veo el episodio de una serie que me tiene enganchado. Me gusta este lugar, está tranquilo.

A la mañana siguiente disfruto de un despertar largo. Tengo cosas que hacer. Hoy quiero darle un palo a un camión blindado, llevo semanas observándolo. Sé los días que salen. Lo he hecho otras veces, con todo, llevo un chaleco antibalas. Estoy en la calle y me cruzo por la parte de atrás, apenas un segundo para mirar el interior del furgón. Es todo lo que necesito. Me voy a una esquina solitaria a esperar a que lo cierren, y en ese momento entro. El interior es estrecho, localizo las sacas con billetes, agarro tres de ellas y…. plaf. Estoy en uno de mis refugios de mayor calma, mi oficina. Es un apartamento comprado a tocateja, reformado, amueblado por mí, en una zona tranquila de…. Granada. Me costó sesenta mil. Dejo las sacas y paso la mañana contando el dinero. Un total de noventa mil. Lo guardo. Los ingresos los hago en un banco suizo, ya que no tengo problemas para cruzar fronteras. Por cierto, he aprendido bastante de blanqueo de dinero. Muchísimo. Incluso en su momento contraté a un abogado. Ahora tengo una empresa, una Sociedad, todo legal, pago impuestos (muy pocos, la verdad).

Mi oficina tiene instaladas dos cajas fuertes, allí meto algunas reservas. Tengo otros sitios de seguridad con "mochilas" preparadas. Siempre estoy pensando.

Pero no creáis que sólo doy palos en mi país. Me gusta diversificar. Francia, Italia, Londres. Hay algunos bancos que permiten ver sus cámaras acorazadas, una vez visto…. Es cuestión de llegar allí e ir picoteando.

Y sí, llevo una existencia solitaria, llena de secretos y mentiras. Cuando descubrí lo que podía hacer tuve que inventarme un trabajo, una sociedad, con su web. Sólo de esa manera podía justificar tal salario que me permitió pagar la hipoteca el primer año.

También hay ventajas. Puedo escribir, e incluso publicar. Dispongo de tiempo libre, aprendo idiomas, hago cursos, entreno muchísimo, leo por toneladas. Tengo tiempo de ver a mis amigos, aunque siempre ando midiendo mis palabras, cuidando lo que digo, anotando mis afirmaciones y no saliéndome de un guión que yo mismo he escrito y que da solidez al personaje que soy.

¿Por qué no confesárselo a alguien?. Eso sería un error, porque al compartir el secreto le daría a esa otra persona el derecho a opinar sobre lo que debiera y no debiera hacer.

También hago algunas buenas acciones. Algunas muy arriesgadas, en las que podría morir. Rescate de rehenes, donaciones millonarias, y ajusticiamientos blandos. Como aquel tipo, un maltratador reincidente, lo esperé el día que lo sacaron de la cárcel, lo esperé en el portal de casa de su madre y lo abracé. Aparecimos en el interior del Tíbet. Se revolvió un poco, pero se quedó tan sorprendido que olvidó sus ganas de violencia. Allí lo dejé, sólo en un país extraño. Moralmente es mejor que matarlo, o que abandonarlo en alta mar.

En realidad estoy huyendo. Siempre activo, huyendo del tipo de persona que podría ser, que tema ser.

He tomado cursos paramilitares, todo es cuestión de dinero, pagas, recibes entrenamiento, inteligencia, seguimiento, defensa personal, uso del cuchillo, primeros auxilios. Me divierte. Me es útil. Una vez le di un buen palo a un macro prostíbulo. Primero me hice pasar por inversor, convoqué una reunión de negocios, me enseñaron el lugar donde contaban el dinero. Una noche aparecí allí, solté gases lacrimógenos, entré en el armario donde guardaban todo y me llevé dos sacas con casi un millón. También solté algunas bombas incendiarias que alertaron a la policía y no dañaron a nadie. Todos contentos.

Pero no siempre estoy haciendo cosas, a veces no hago nada. Y aquí estoy, en medio de la nada, una ciudad casi desierta de Extremadura, gran avenida, sin nadie. Estoy sentado en un banco, leyendo, tomando notas, y mirando… la nada. Aquí estoy seguro, porque estoy en medio de la nada. Ni siquiera hay cafeterías. Me levanto y doy un paseo. Comiendo a aburrirme. Miro mi reloj, hace dos meses que no pillé un buen pedo, quizás sea hora de pillarlo. Paso por un súper y pido unas bebidas, y luego voy a un hotel, a ver pelis y a beber cerveza.

Pillo un pedo monumental y duermo sobre la cama deshecha. No sé cuánto duermo, pero me despierta la TV encendida. Noticias, un secuestrador tiene cautiva una guardería con quince niños en Paris. Me voy al portátil, saco el nombre de la guardería. Miro Street View. Normalmente tengo que haber estado ahí, pero si me concentro lo suficiente puedo ir. Me concentro, me concentro….. plaff.

Estoy en Paris, policía, ejército, bomberos, ambulancias. El edificio está rodeado. Podría ir por el tejado. Entro en un edificio y subo por las escaleras, para mi suerte la terraza está abierta. Pero hay policía, me oculto de ellos, quienes me dan el alto en francés. Pero me ha dado tiempo a ver la terraza del edificio de la guardería, así que ¡plaff!, allí estoy. Es el momento de sacar mi Kungfú. El bueno.

Entro en el edificio, con cuidado. Bajo escaleras hasta llegar a la guardería. El terrorista está en la clase, con un AK. Miro fugazmente y él me ve. Grita. Ok, doble Plaff, o mejor dicho, Plaff y medio, uno para desparecer, y medio para llevarme al desalmado. No necesito aparecer, digamos que estoy "en fase", medio aparezco y me lo llevo, al exterior, con los polis. Salir y desaparecer. Ya ha pasado otras veces, buscarán una explicación racional. Observo desde un tejado lo que pasa, los polis se lanzan sobre él y lo reducen. Hoy he hecho algo útil con mi don, y eso que estoy medio borracho. Debería practicar más el doble Plaff. Consiste en varias entradas y salidas tan rápidas que el sujeto ni siquiera puede reaccionar.

Capítulo 2.

He tenido suerte. Es más que suerte. Siempre la he tenido, lo que ocurre es que no he sido consciente de ella. Mi trabajo, el bueno, en el que estuve siempre. Fueron dándome más y más libertades. Pocos lo creían. Finalmente despidieron a la secretaria y montamos una oficina pequeña, dos despachos y un baño, en una zona a diez minutos caminando de mi casa. Alucinante. Eso ya de por sí era bueno, pero vino lo mejor.

No tenía nada que hacer. Apoyar a los comerciales, hacer alguna instalación. Me pusieron una centralita que tenía desvío de llamada, así que muchos días tenía el desvío a casa. Fue así que encontré otro trabajo como CM en el que

tenía que hacer muy poco. Y comencé a aburrirme. Sí, escribía algo, pero no mucho. Los días eran iguales unos a otros, grababa podcast, video cast, directos, escribía post. Y tenía seguidores. Pero me aburría.

Mi oficina eso sí, me gustaba, era coquetona y pequeña. Y a veces dormía en el sofá, o en un pequeño colchón inflable que tenía. Por eso dormía unas cuatro horas en casa, que completaba en la oficina. No era la primera vez que me pasaba, ya había tenido largos periodos de soledad entre una secretaria y otra.

Fue pasar tanto tiempo solo, encerrado en mi mente lo que me hizo descubrir lo que podía hacer. Teletransportarme, viajar en el espacio. A veces no sabía si estaba dormido o despierto. Siempre he soñado cosas raras, solo que ahora soñaba cosas muy vívidas, como que estaba echando una siesta en la oficina y me despertaba, medio en sueños, en mi casa, para volver a despertarme en la oficina, y pensaba, ¿esto lo he soñado o lo he vivido?. Y de pronto me di cuenta de lo fácil que era entrar en ese estado, porque cuando dormía siempre estaba en ese estado, dando saltos. Cada vez lo hacía más despierto. De joven pensaba que eran viajes astrales, pero no lo eran.

Y empecé a practicar, despierto, en la cama. Escogía sitios que conocía bien, en los que había pasado años. Mi primer viaje fue a casa de mi cuñada. Tenía dieciocho años y síndrome de Down. Aparecí en su dormitorio de al lado, el de invitados. Esperé a que pasara delante y la saludé. Tuve que taparle la boca para que no me hiciera una escandalosa bienvenida.

-No digas nada, es un secreto.

-¿Cuándo has venido?.

-He venido usando magia- le dije- viajando a la velocidad del pensamiento.

Hizo un gesto extraño, ¿me creía o no?.

-¿Te alegras de verme?... habla bajito, no quiero que tus padres se enteren.

-Pues claro.

-Ok, tengo que irme- por un momento me entró algo de pánico, pensando que no iba a poder repetirlo- tienes que salir, vendré a verte otro día. Te lo prometo.

Ella salió y ¡plaff!, volví a mi oficina.

Los muebles, el zumbido del aire acondicionado. Había sido instantáneo. Cientos de kilómetros a velocidad ¡más rápida que la luz!. Lo hice de nuevo, ¡plaff! Estaba en la cocina de mi casa. Mi gata saltó del susto al verme aparecer, luego se acercó tímida, olisqueando, y me concedió el favor de permitirme que la acariciara.

¡Plaff!, estaba en el campo, en una finca propiedad de mi familia, a quinientos kilómetros al sur. Me di un paseo, recorriendo los familiares lugares, el viento, el olor a campo, una luz brillaba en una de las casa de mis tíos, así que me oculté. Me encantó poder pasear por un lugar tan familiar al que hacía tiempo que no volvía.

Me sentí como si llevara haciéndolo toda la vida, pero no, una vez más me había acostumbrado a algo extraordinario. Sobrenatural. Y desde entonces el Teletransporte y el tipo de vida que llevaba era algo que me parecía fuera de lo más normal, como tomar un Bus.

Mi oficina. Podía haberme gastado una fortuna, pero escogí lo que siempre había tenido en mente, un apartamento con terraza, salón, y un dormitorio. Era acogedor, coqueto, tenía buenas vistas. Disfruté cada momento que pasé amueblándolo, allí me sentía bien. Monté una conexión de fibra óptica de 1 Gbps simétrico con una filial de Google, allí puse mi ordenador, un servidor, monté un sofá muy acogedor. Pasaba mucho tiempo allí, sí, incluso noches. A mi esposa le decía que tenía que viajar, pero en realidad me acurrucaba con una manta y bebía mi té mientras veía películas que había visto antes.

Mi oficina es un sitio de inspiración. Allí había escrito de una sentada mis dos primeras novelas, que, por supuesto, publiqué bajo pseudónimo. Grabé podcast, canales de vídeo, escribí folletos, libritos, e incluso a veces imprimía varios cientos de ejemplares y los distribuía. Esas chorradas me hacen muy feliz.

Un día normal hacía un par de horas de ejercicios, salía a cenar, volvía y escribía un poco, salía a mi terraza y disfrutaba de la calma. Una noche un grupo de vándalos con un radio casettes se puso a hacer ruido. No pasa nada, me puse mi traje de intrusión nocturna, con una careta espantosa (tengo varias). Hice mi aparición, desde lejos, con un machete y mi careta. Luego me aparecí desde otro lado. Luego caminando hacia ellos, y desaparecí, y luego detrás de una de las chicas a la que susurré: “sorpresa”. Huyeron. Tenía pensado hacer más cosas, pero lo dejé estar, una pena, porque era cuando más me divertía.

En cuanto a diversiones tenía varias. Una de ellas era asustar proxenetas. Investigaba un poco, y los localizaba, una vez localizados los asustaba un poco, por ejemplo los dejaba en una zona inaccesible, como en lo alto de la cúpula de una catedral. O simplemente en el interior de una prisión. Me gustaba variar. En cualquier caso me aseguraba que no volvieran a su zona de confort. Los desarraigaba.

Cada vez mis misiones eran más arriesgadas, me equipé con chalecos antibalas y cascos. Iba a mansiones de narcos, buscaba el dinero y los desvalijaba. Era más satisfactorio incluso que robar a los bancos. También les saboteaba, causaba incendios, alertaba a la policía, a su competencia, a los medios, me llevaba a algún capo y grababa el interrogatorio para subirlo a redes sociales.

Cuando interrogué a René Mendoza, un narco muy peligroso lo tuve una semana interrogándolo. De allí saqué un vídeo que subí a Internet. Tenía un portátil para esos menesteres, buscaba un sitio como el Café HardRock en la Playa de Santa Mónica, iba allí con mi gorra y unas barbas postizas, subía el vídeo desde su red Wifi de alta velocidad, lo distribuía en unos cien foros, en redes P2P, servidores de descarga directa y me iba. Así conseguía varias primeras planas.

Hice infiltraciones tipo Paparazzi de famosos, alcaldes con menores de edad, políticos recibiendo dinero, periodistas mercenarios desmadrándose. Todo era susceptible de ser usado, y quería que sintieran que no estaban seguros. Siembre había alguien con una cámara, y ese alguien era yo. Varias veces me dispararon, una vez casi me dieron. Pero soy rápido, y no es por nada, cada vez tomo más medidas de seguridad.

Y sí, a veces, en alguna situación de tensión me vieron teletransportarme. Una vez que me lanzaron perros. Me quedé cerca oyéndolos: “¿has visto eso?, ¡eso no es posible!”. Nadie les creyó, y ellos se guardaron de contar que no habían sido capaces de pillar a un paparazzi porque viaja en el espacio a la velocidad del rayo.

Capítulo 3

Vivir con secretos no es fácil. Pero ya antes vivía con secretos. Cuanto mayor te haces más secretos son los que guardas. Yo siempre los tuve, y fueron pocas las personas con las que pude compartir mis pensamientos. Sólo una. Alguien al que consideré amigo, pero era tan raro, o más, que yo.

Mi esposa vió que tenía un negocio lucrativo, lo aceptó. Lo importante era pasar con ella tiempo de calidad. Ok, estaba tiempo fuera, pero cuando estábamos juntos lo pasábamos bien. Las noches fuera no eran un problema. ¿Si me sentía mal por eso?, claro, me sentía como si la estuviera engañando. De hecho la engañaba, pero no con nadie, sino con un estilo de vida. Cubría mis pasos con diligencia absoluta. De hecho me cambiaba de ropa. El teletransporte ayuda. No le daba detalles de los negocios en sí, y me apuntaba lo que le decía en una agenda que enriquecía con detalles, todo muy formal. Si decía que iba a Salamanca, le traía lechazo, y así. Total, ella odiaba las videoconferencias, y era más de chatear que de llamadas de voz.

Vivir así es bordear la locura. Es lo más cercano que puedes vivir de la psicopatía sin caer al abismo de la misma. Vives dos vidas, una de ellas la ocultas a todo el mundo, sin concesiones, sin darse un respiro.

Voy a cenar a un local tranquilo, antiguo, está en Valencia, en una zona de poco tránsito. El dueño siempre me da algo de conversación, casi nos tratamos como dos viejos amigos, pero en realidad él no me conoce de nada, ni yo a él. Pero me cae bien, y supongo que es recíproco. Me gusta el estilo años 50 cutre, junto con el hecho de que la música apenas se oye. Me busco un rincón tranquilo, allí voy con mi libro, mi cuaderno, o mi portátil, según se tercie. Es otro lugar de refugio donde encuentro descanso. Me encantan las ensaladas que sirven. Me despido tras una hora, cruzo la puerta y desaparezco para llegar a mi oficina apartamento. He perdido esos momentos perdidos en los que uno espera el ascensor o sube unas escaleras, eso para mí no existe. Podría hacerlo, como también podría recorrer las calles a la patita coja, no tiene sentido.

A menudo la inspiración me visita de madrugada, que es cuando me vienen las mejores ideas. Pero aquella noche estaba aburrido, así que tumbado en el sofá abrí una aplicación de redes sociales en vídeo llamada Periscope. Básicamente la gente se grababa en vídeo, en directo, y los que miraban su directo podían escribirle mensajes para interactuar. En realidad buena parte de las conexiones no valían para nada, gente aburrida, chicas borrachas, narcisistas exhibiéndose y poniendo morros. Poca gente interesante. Pero eso sí, gente de todo el mundo. El inglés es la lengua común en la red, así en Periscope, así que empecé a seguir a algunas personas, a hablar con ellos y con el paso de los días, a hacer amistad. Conocí a gente verdaderamente interesante, gente admirable.

Conocí a un conserje, empleado de un edificio de viviendas en una Colonia (aquí le llamamos urbanización) en la capital de México. Un hombre sencillo, pero con una cultura asombrosa, un lector (así le llamaban en la red) voraz a niveles que no había visto, y eso que conozco a muchos lectores. Su afán de conocer, de saber, era inmenso, casi una tortura. En su apartamento tenía un PC que le había sido regalado, y que él mismo había ido reparando con piezas que encontraba o que compraba de segunda mano. Pero el equipo que más utilizaba era un Smartphone de la marca Lannix, un ensamblador local que ofrecía equipos decentes a buen precio. Desde él descargaba podcast, más de cien que seguía, descargaba libros, que escuchaba gracias a aplicaciones como Moon + Reader, e incluso grababa su propio podcast con la herramienta Audio evolution. Era un maestro en literatura española y de América latina, amaba los clásicos, a la vez conocía lo que pasaba en la red. Me conmovía su ingenio, determinación, y admiraba su capacidad para superar las dificultades económicas que tenía.

En nuestras charlas, que pasaron de Periscope a una herramienta llamada Voxer (mensajería por audio), me comentaba cómo solucionaba cada problema que tenía, aplicando una fría e implacable lógica analítica.

“Mi principal limitación es mi problema de conexión a Internet. Hay temporadas en las que no me puedo permitir comprar saldo para mi celular. Así que tengo varios medios para conseguirlo. El primer es que cuando el operador de cable hizo la instalación, me di cuenta que las contraseñas eran secuenciales, por ejemplo, la clave de mi router era la R383478 resulta que la clave de la vivienda anterior es R383477, y la anterior a esta la R383476. Cuando me di cuenta de cómo lo habían hecho descubrí que podía usar estos accesos, aunque lamentablemente sólo hay una esquina de la portería donde paso el tiempo donde tengo conexión.

“El otro punto de conexión es una cafetería que hay justo enfrente de mi portal principal, si salgo afuera puedo conseguir dos rayas, suficiente para descargar mis contenidos.

Para mi amigo Lector Internet era, principalmente una fuente de contenidos y cultura. La interacción era, por supuesto un aliciente, pero no era lo principal. Su mente tenía unas necesidades especiales, y necesitaba una alimentación no sólo regular, sino abundante. Había invertido una buena porción de sus ingresos en una tarjeta microSD de 64 Gb, que la tenía siempre repleta, podcast, música clásica, libros, post…

Aprovechando la digitalización de voz de Android era capaz de leer tres libros a la semana, a veces más, las largas horas en su conserjería escuchaba audios, libros, webs extraídas que el sistema de Voice Aloud le leía pacientemente, la batería de su Smartphone la tenía que recargar dos veces al día.

“A veces, los inquilinos, que siempre me ven con uno de los auriculares prendidos de una oreja, me preguntan si no quiere llevarme un libro. Yo les digo que quiero estar bien atento de quien entra. Pero lo que no saben es que en realidad estoy “oyendo un libro”. El Quijote es uno de mis favoritos, lo he leído más de una vez, pero lo he oído al menos tres veces. Todavía me sigo riendo de las ocurrencias del Hidalgo de la Mancha, me asombro de sus discursos.”

Para mejorar un poco su calidad de vida, pasó horas leyendo tutoriales y viendo vídeos sobre cómo crear de manera casera una antena repetidora de señal Wifi. Tardo un poco, y tuvo que aprender a hacer soldaduras electrónicas, pero la antena le quedó perfecta. Para ello lo que hizo fue abrir la pequeña puerta de una farola de alumbrado, hacer un empalme y ocultar dentro su artesanal antena. “Ahora recibo una señal del 98% y capto señales tanto de la cafetería como de otras viviendas”. Fue en esa época cuando comenzó a emitir por Periscope.

Pero un día algo terrible ocurrió. Su amado teléfono Lannix se averió, estuvo buscando la manera de repararlo, pero fue en vano, ni siquiera el proveedor le ofrecía piezas. Fue una etapa de mucha angustia para mi estimado amigo Lector. Me extrañó que dejara de comunicarse, porque hablábamos cada día, compartíamos enlaces, mensajes, y buenos deseos cada mañana. Estaba comenzando a impacientarme cuando recibí un correo de una dirección que no pertenecía a mi agenda.

>>Mi muy estimado amigo. Te escribo este mail desde la Tablet de mi hija Andrea. Mi fiel Smartphone Lannix ha muerto, sin posibilidad de ser reparado. Me encuentro prácticamente incomunicado. En mi apartamento no llega la señal Wifi, sino desde un rincón de la escalera y apenas da para escribir un correo. Te escribo este correo desde mi habitación y lo subiré cuando salga al rellano. Mi hija me dejó su Tablet de buena gana, de tan desesperado que me ha visto. Ahora me queda un camino largo, de ahorrar moneda a moneda y quizás en un futuro volver a adquirir otra unidad, aunque sea de segunda mano. Espero que esta no sea una despedida definitiva, sino temporal, discúlpame si me ves ausente de nuestros canales habituales. Tu amigo, Lector.>>

El correo me dejó desolado. Le respondí diciendo que me gustaría hacerle una visita, y que sentía profundamente aquello. Aunque tenía un PC en casa, era un viejo sobremesa, no podía moverlo al rellano. En los días siguientes me dijo que su esposa había tenido que ausentarse para un tema del fallecimiento de un familiar.

>>La pobre está agotada de tanto ir a organismos oficiales. Va a cobrar una modesta suma que nos permitirá pagar algunas deudas, y comprar enseres básicos como ropa, y utensilios de casa que necesitamos. No creas que no pensé dedicar un parte a un Smartphone, pero después de hacer muchos números veo que no es posible, la familia es lo primero y no permitiré que mis aficiones se antepongan. Espero que te encuentres bien….>>

En ese momento ideé un plan. Le pedí a Lector que hiciera cuatro fotos diferentes de la entrada de su lugar de trabajo, con buena luz, que se pudieran apreciar los detalles. No me cuestionó la pregunta. A veces pedíamos fotos de nuestro entorno, deseando conocer siempre nuestros países. Hizo las fotos y me las envió pasadas unas horas.

Cuando tuve las cuatro fotos me dispuse a estudiarlas, las imprimí en color, con el máximo detalle, y me puse a estudiarlas. Miré mi reloj, en esos momentos en México debían ser las seis de la tarde. No sé cuánto tiempo estuve estudiando las fotos, pero hubo un momento en que tuve la certeza de que aquel sitio me era tan familiar como si hubiera estado allí. Así que me vestí con uno de mis trajes de salto: “sport informal, poco llamativo, fajas anti trauma, sprays defensivos”. Y salté. En unos segundos estaba allí, oliendo los olores característicos de aquel lugar, productos de limpieza, y el olor de la cocina de un piso cercano, los ruidos de la calle. Observé todo en detalle, un hábito de saltador. Mi reloj, un Pebble, se sincronizó con mi Smartphone, un One Plus 2, quien se volvió un poco loco al darse cuenta que habíamos cruzado el planeta automáticamente. Volví a sacar fotos para mi colección de puntos de salto, y para refrescar la memoria.

Tomé la puerta de salida y fui a la calle, me metí en la famosa cafetería que ofrecía Wifi y saqué mi Tablet, necesitaba mirar mapas de la zona. Necesitaba un cajero, una tienda de electrónica… poco más. Encontré un Banco de Santander con cajero, y tres manzanas más adelante una tienda de electrónica. Una gran superficie. Del cajero saqué el equivalente a mil dólares. Luego fui corriendo al “Wallmart México” y adquirí dos equipos, un Lanix S680, un equipo con 2 Gb de RAM y ocho núcleos, sabiendo del amor por Lanix quise tener el detalle de conservar la marca, y una Tablet la Ilium Pad G10, también último modelo. Conseguí una SIM prepago con un plan de datos de seis meses, compré dos así. Corriendo por la superficie para darme prisa añadí tres microSD de 32 Gb, una batería externa y un trípode. Añadí algunos regalos para su esposa e hijos. Lo metí todo en una mochila negra y rellené una tarjeta de felicitación: “Con mis mejores deseos, tu amigo de España”.

Quizás por timidez, quizás por el factor sorpresa, lo que hice fue dejar la mochila frente a su casa, llamar con insistencia al timbre y esconderme. Su hija pequeña tomó la mochila con la tarjeta de felicitación. Escuché la

animada conversación en la casa y volví a mi oficina. Dos de la madrugada, hora local, mi teléfono vuelve a actualizarse. Estoy cansado, lo noto cuando me siento en mi sofá con un brik de gazpacho fresquito. Sabe de maravilla, me quito los zapatos y la bebida sabe mejor. Me quito la faja anti trauma (evita apuñalamientos y disparos de calibre corto), mucho mejor, sigo quitándome las protecciones de tibias, antebrazos con refuerzo metálico y la placa de nanotejido que me protege el pecho.

Cuando me doy cuenta me quedo adormecido en el sofá. Me despierto para colocarme bien la manta y veo mi móvil que está al 30% de batería y tiene varios mensajes en el panel de notificaciones. Son del amigo Lector, palabras de agradecimiento y emoción contenida. Lo leo entre sueños y duermo, agradecido de tener buenos amigos. Ha sido mi primera experiencia de “desvirtualizar” y ha sido muy satisfactoria. Pero tengo más planes.

Capítulo 4

Estoy en lo alto de un tejado en la Calle 12 con Lexington, Nueva York. Una manifestación popular que sospecho se va a desmadrar en breve. Observo con desde la pantalla con Zoom de mi cámara y grabo lo que puedo, la policía está tomando posiciones y cerrando a los manifestantes. Jóvenes y adultos protestan por mejoras en la seguridad social, por quitar poder a las multinacionales que son las que gobiernan el país… como en todos lados.

Desde mi posición ventajosa veo que están cerrando cada acceso, cortando vías de salida. Va a pasar algo muy malo. No me gusta hacer lo que voy a hacer, pero alguien tiene que hacerlo. Veo a uno de los polis con un altavoz, es el momento de quitárselo. Para un observador que me ve en mi tejado no ha pasado nada, pero sí que ha pasado. En fracciones de segundos tan pequeñas que parezco Flash, tengo un altavoz en la mano. Es el momento de alertar a los chicos de abajo.

Me coloco en varios lugares de la manifestación y grito con mi mal inglés: “¡Os están acorralando!, ¡la policía ha cortado todas las salidas!”.

Repito el mensaje desde varias ubicaciones, la gente empieza a inquietarse. Y en ese momento algún poli, viendo lo que pasa decide lanzar gas lacrimógeno. Pero ya lo había pensado. Voy al camión de bomberos y les cojo una llave pesada, es el momento de abrir esas famosas bocas de incendio, logro que un chorro potente de agua se proyecte hacia arriba, limpiando el aire. Algunos polis al verme van hacia mí, pero desaparezco y voy a las distintas bocas de riego. Visto de negro, como en un black block.

La policía carga. Veo a gente en el suelo, comienzan a llover las porras. No puedo dejarme ver, así que voy a sembrar el caos dentro de las filas de la policía. Me dedico a robar algunas cosas del arsenal de la poli. Cojo varios Tásers, luego escojo al policía más gordo, localizo a uno, bastante violento, ¡ta-ta-ta-ta!, el táser hace que se contonee en el suelo, cuando sus compañeros se dan cuenta me escabullo. A base de micro saltos parezco más rápido de lo que soy, pero en realidad el ojo humano no ve que avanzo a saltos muy rápidos de medio metro a la vez. Soy muy rápido. Voy lanzando descargas en distintos lugares. Los polis piden refuerzos, llenando sus canales de comunicación, corriendo de un lado a otro. Paso a robar coches de policía, saco a los conductores y coloco las enormes furgonetas frente a la policía, entorpeciendo su paso. Nunca sabrán que un manifestante se apoderó del vehículo. El conductor, confundido de pronto se ve que aparece en medio del grupo de manifestantes, muerto de miedo.

La carga policial se interrumpe y la multitud puede huir sin dificultad. He evitado una masacre. Subo a uno de los tejados donde he colocado una cámara HD con el zoom enfocado. He dejado tres cámaras grabando, las recojo y ahora toca editar el vídeo. La policía se volverá loca intentando identificarme, pero sólo verá un tipo vestido de negro, con la capucha, gafas de velocista y unos rasgos que no son reales, llevo un adhesivo de látex que modifica mis facciones y cambia mis rasgos. Y lo mejor de todo, tengo una coartada, buscarán a un estadounidense, no a un español.

Aparezco en mi apartamento. Tengo que darme prisa en editar, así son estas cosas de Internet. En un tiempo récord edito el vídeo, le paso por un software de seguridad, lo copio en cinco pendrives y doy un salto a un cibercafé de Taiwán, tienen una velocidad extraordinaria de subido y lo subo a varios sitios de almacenamiento. De ahí lo paso a

una lista de correo que tengo de 100 contactos. Entre ellos periodistas de izquierdas, colectivos anti sistema, y grandes medios.

Siguiente salto, estoy en Manhattan en la sede del movimiento Occupy, mi contacto se llama Lisa, pregunto por ella y les digo que es urgente.

-Decidle que su amigo Lestat le ha dejado esto- y le entrego un sobre con el pendrive.

En pocas horas el vídeo está en la red, en él se puede ver cómo la policía prepara una encerrona. He omitido mis acciones para que el protagonismo no lo tenga yo.

Puede que tenga un poder, pero para cambiar las cosas necesito medios de comunicación, e información. En la red hay podcast y canales de vídeo que explican las cosas como son, pero estos no llegan a los medios masivos, para eso hay que meter dinero. Por eso contraté a la agencia de prensa Rubinstein Wall, cobran un pastizal, pero son de los que consiguen meter noticias en diarios y conocen el medio online de maravilla.

¿Qué es lo que quiero?, quiero cambiar las cosas, luchar contra los monopolios industriales que se han apoderado de nuestras democracias y que empobrecen a las clases medias y bajas, y quiero debilitar los medios de comunicación al servicio de esos malvados. Quizás no cambie las cosas, pero al menos no viviré sin hacer nada.

Me llegan buenas noticias de México. El amigo Léctor está despegando con su conexión. Me escribe una detallada crónica de todas sus andanzas, ha vuelto a grabar, a diario, y su base de oyentes no ha parado de crecer. También sube algunos vídeos. Más adelante sabré más cosas, como que por ejemplo está leyendo con mayor voracidad que nunca, pero no lee literatura, sino manuales, de química, de electrónica, de seguridad de redes, y lo lee todo obsesivamente mientras sigue manteniendo sus responsabilidades como padre, esposo y empleado. Pero eso lo sabré más tarde, ahora sólo sé que es un hombre feliz, conectado y de modos tranquilos.

En su interior la bestia está creciendo.

Soy como un soldado, tengo que estar haciendo cosas continuamente, entrenando, preparándome, pero como pase a estar ocioso soy mi propia perdición. El ocio es el asesino silencioso del alma. Lo digo desde una resaca de proporciones Homéricas. Anoche me aburrí, creo que me aburrí bastante y tuve la feliz idea de emborracharme solo. ¿Por qué solo?, porque alguien como yo está condenado a estar solo, a vivir solo, a guardar secretos. Y supongo que me tocaba.

La cabeza me palpita como una enorme muela cariada. Paso media hora inmóvil en el sofá, haciendo un intento de moverme, pero todo se mueve y estoy muy deshidratado. Mi boca es el Sahara. Ni siquiera puedo mover un dedo. Me teletransportaría al baño, pero en mi estado no debería ni siquiera pensarlo. Desconozco los efectos de un mal salto de fase. Finalmente tardo media hora en coger una botella de agua de la nevera, bebo despacio, pero me termino la mitad, orino un poco y vuelvo al sofá. Me hago una anotación mental: no volver a aburrirme nunca.

A las tres de la tarde mejoro un poco, pero siguiendo mi precepto de no teletransportarme pido comida a domicilio. Comida India, sin picante. Mejoro un poco. Mi móvil tiene la batería un 15% de batería, cosa rara, he olvidado conectarlo al cargador, tenía problemas mayores, como respirar.

Miro apático la TV mientras hago planes de enmendarme y redimir mi borrachera pasada, hacer algo útil, inscribirme en el curso privado de evasión y defensa personal de la misma empresa que me ha dado otros cursos similares. Miro mi Timeline de Twitter y leo un mensaje de Lector: “Catarsis, un proceso violento de purificación que se hace imprescindible”.

Los últimos aportes de Lector son pocos, cada vez más escasos, y tan misteriosos como este. Le mando un mensaje por Voxer, la aplicación que usamos para comunicarnos, pero no da respuesta, bueno, quizás me responda más tarde.

Capítulo 5

Tengo la cara llena de barro y en el ojo izquierdo lo que me parece que es un pedrusco enorme. Estoy en el campo de entrenamiento de Black Bay, algunos los llaman mercenarios, pero en realidad son una empresa privada de seguridad que proporciona entrenamiento y equipos tácticos. Vamos, que son unos mercenarios.

Eso sí, el entrenamiento es una crueldad, son quince días de pura tortura, ya he pasado por esto antes, y no sé por qué, vuelvo a pagar los veinte mil dólares por este tratamiento de choque. A su favor debo decir que funciona. Orientación, defensa personal, supervivencia, ocultación, detección de seguimiento. Esto son los Estados Unidos, no sé cómo permiten estas cosas. En el equipo de entrenamiento hay cinco saudíes. No quiero pensar mal, pero, es inevitable. No sólo yo lo noto, uno de nuestros instructores, uno de ellos es Karl , ex Seal, rubio de Arkansas, viejo y con la mirada endurecida, militar retirado, con varias guerras a sus espaldas no está muy contento, aunque finge se lo he notado. Tengo ganas de tirarle de la lengua. Lo pillo en una de mis labores de limpieza de armamento que se basa en cuchillos y un juego completo de armas.

-¿Qué tal te va, torero?.

Me llama torero porque soy español, estos yanquis son así de originales.

-Haciendo limpieza, jefe.

Se sienta delante de mí. Soy un cliente, así que tiene que mostrarse afable, le han dicho que sea afable, pero ahora parece relajado y cómodo.

-Escucha, quiero hacerte una pregunta, y no tienes por qué responderla. ¿Soy yo el único que se pregunta por qué unos saudíes quieren entrenamiento militar del caro?.

No le miro a la cara, pero me imagino que su cara es puro hielo, una máscara sin expresión. Estos militares tienen una virtud, saben cuando callarse sus opiniones.

-¿Te preguntas a si son unos terroristas buscando entrenamiento?.

-Sí.

-También tú podrías ser un terrorista buscando entrenamiento, un vasco de la ETA, o del GRAPO. Nosotros sólo sabemos que pagáis bien. Y seguro que hay gente que se dedica a ver quien entra y quien sale de aquí. Mi conciencia está tranquila.

-Tío, tú no has visto a un español en tu vida. Con la cara que tengo no hace falta saber que soy vasco. Y el GRAPO se extinguió hace tiempo.

-Ya- dice poniéndose de pie- todos los clientes que llegáis sois gente misteriosa, unos más que otros, algunos sabemos de dónde vienen, y otros simplemente desaparecéis sin dejar rastro.

Y se marcha dejándome con un palmo de narices. Está claro, nos investigan, nos siguen, pero seguirme a mí es muy difícil, y eso me vuelve un tipo intrigante. Y si hacen más es porque evidentemente no soy árabe, ni musulmán.

Sigo limpiando mis armas, mañana me espera un día duro de narices, nos van a dar cacería en la montaña, como si fuéramos animales.

¿Cuánto tiempo podré seguir viviendo así?. He tomado una decisión drástica. No sé cuanto tiempo me queda, pero voy a aprovecharlo. Pero las cosas no son tan fáciles. Matar a un dictador no significa que el que le suceda sea mejor que él, y eso es decepcionante, porque entonces mi trabajo se limita a contener el daño que estos puedan hacer. Al fin y al cabo no soy Dios, sólo soy un capullo que se teletransporta.

Estoy en Sudáfrica, vigilando a un par de tíos muy peligrosos. Le mando un mensaje a Lector, pero ya sé de antemano que no me va a responder.

Dejo mi periódico en la mesa del recibidor del Hotel Hyatt y observo distraídamente la recepción. Los dos tipos a los que busco son dos hombres de negocio, venden metal y carne. Armas y personas, principalmente niñas y mujeres. Así que pienso reventarles la organización. Pero no, nada de denunciar a las autoridades, me he dado cuenta de que lo único que puedo hacer es dejarlos sin clientes, así que voy a robarles la información y airearla. Fin del negocio. Aquí llegan, como un torbellino a la recepción, le siguen dos escoltas, dos tipos duros, seguramente mercenarios, no sé por qué me sorprende ver a Karl, mi instructor. Mercenario idiota.

Mis problemas son muchos, tantos como los frentes en los que estoy jugando. Tengo prioridades, claro. Ahora mismo estoy dando caza a un asesino que ha quedado libre y sin pruebas. Pero voy a meterle pentotal y que cante como Pavarotti. Va a confesar. Hay policía no demasiado lejos, cambio de disfraz a menudo. Recibo una llamada de Voxer de un buen amigo de México, trabaja como periodista. Su mensaje de audio dice así.

-Está confirmado, hay un nuevo grupo criminal que se ha hecho de oro robando secretos y atracando a bancos online. Llevaba meses armándose y reclutando gente. La matanza de ayer no se le atribuye a nadie, pero sospechamos que son esta banda sin nombre. No querían nada, ni tenían motivación, no peleaban por el control del tráfico, ni nada. Llegaron y mataron a todos los que había en la Hacienda del Gordo Reyes, incluídos niños y mujeres, un total de noventa personas.

Lo sabía. Esto no ha hecho más que empezar, pero tengo que concentrarme en mi trabajo de ahora. No puedo dejarlo escapar. El asesino sale de su casa y monta en un coche, conozco el lugar, de manera casi instantánea estoy en el asiento de atrás. El tipo está concentrado, así lo dejo, unos minutos, canturrea, está tranquilo. Seguramente va a visitar a un amigo con el que pasa el día bebiendo. El amigo ya no está en la casa. Espero a que aparque y lo saludo.

-Hola idiota.

-¿Qué?....

Mi táser lo hace contonearse, la electricidad recorre su cuerpo y lo hace convulsionar. Pierde el conocimiento. Salgo del coche y lo esposo de pies y manos con los latiguillos. El tipo pesa lo suyo, pero consigo moverlo a la vivienda vacía, una cabaña en mitad del bosque, me encantan esas misiones.

Una vez dentro coloco la cámara y la pongo a grabar. Saco el amoniaco y lo pongo bajo la nariz del monstruo para que se despierte.

-¿Qué pasa?.

-Iré al grano. No soy policía, no soy de la Interpol, soy un tipo tan loco como tú y vas a morir, pero quiero saber si vas a escoger una muerte rápida o lenta.

Saco un reluciente cuchillo para mostrarle mis intenciones. Normalmente todos escogen confesar. Y normalmente no mueren, pero sí que los dejo que se pudran al otro extremo del mundo con alguna tara que les impida correr detrás de los niños o hacer negocios.

Y confiesa, vaya si confiesa. Todo queda grabado.

El táser vuelve a dejarlo KO, la verdad, me da igual si le da un infarto. Recojo mis cosas y lo reviso todo veinte veces. Luego derramo lejía por todos lados, por si quedan restos orgánicos. El señor asesino despierta en Nepal, con un pie menos, en un hospital para pobres. No entenderá qué pasa, quizás eso le haga reflexionar en que tiene una segunda oportunidad.

Antes de ir a mi apartamento voy a un hotel Turco con Spa, allí me lavo a conciencia, baños de vapor, peeling y vuelvo a mi piso. Llevo días llamando a Lector. Nada. Aunque estoy cansado me voy a México DF, a su lugar de trabajo. Llamo al portal, no espero encontrarlo a él, pero sí indagar.

-Buenos días- digo al señor que barre la entrada.

-Pregunto por Rafael Ríos.

-Ya no trabaja aquí- dice cerrando lentamente la puerta.

Le enseño un billete y le pregunto si podría ayudarme.

-Se marchó sin dar razón, sé que llevaba mucho tiempo aquí, viviendo con su familia. He oído que volvieron al pueblo de su mujer en….

Ya sé dónde es el pueblo de su mujer.

-Gracias amigo. Que tenga un buen día.

Me gusta México, es un país donde se respira un ambiente muy diferente al Europeo, a las ciudades de gente estresada. Doy un salto a Motlaján, el pueblo de la esposa de mi amigo, menos mal que Google Street view estuvo allí antes que yo. Lo hago de noche, porque no sé a quien me podría encontrar. Doy una vuelta para familiarizarme con aquello, no va a ser fácil encontrarlo, pero tengo tiempo y estoy preocupado. Recorro sus calles y ceno en un restaurante familiar la mejor cena de mi vida. Son poco habladores, aunque el padre, que hace de mesonero afable es algo más hablador, esta gente tiene miedo y desconfía de los extranjeros, pero les hablo sin parar, cuento chistes y su resistencia va cediendo.

-¿Y qué le trae por aquí?.

-Hace tiempo un amigo me prestó dinero, yo no estaba bien económicamente y quiero devolverle el préstamo que me hizo, se llama Rafael Ríos.

El mesonero mira a su esposa, no soy capaz de descifrar la mirada de ella, pero veo que el muro vuelve a levantarse.

-Vinieron del DF – se refieren a la capital- estuvieron un tiempo, como un mes, mes y medio, pero volvieron a irse, sin dar razón, acá vivía la mamá de ella, pero falleció, y no tienen más familia. Dicen que quizás encontró un empleo en Culiacán, pero eso no es seguro…

O sea, que le he perdido. Y eso me intriga más, dejó su trabajo, volvió un mes aquí, y desapareció.

-¿Cuál era la casa donde vivían?, en el Cerro, la única casa que hay en la calle Valbernardo.

Algo es algo. Pago mi cena y dejo una buena propina. La esposa sigue sin mirarme con buenos ojos. Es bien entrada la noche. Camino hasta el Cerro, un lugar a las afueras del pueblo. La casa es una antigua construcción de dos pisos. La ventana de arriba cuelga de una bisagra, y en lugar de pintura blanca veo el adobe cubriendo a parches el exterior. Está vacía. Sacó mi linterna de mi mochila y me teletransporto al quicio de la ventana, montándola a horcajadas, como si fuera un caballo. El interior está oscuro y prácticamente vacío, una silla, un armario viejo. Miro en el interior y encuentro papeles, listados de algo impreso, es código de programación. Recorro la casa de un lado a otro, rebusco durante una hora, pero no hay absolutamente nada, es como si nadie hubiera vivido allí, sólo aquellos listados de código. Creo que me voy haciendo una idea. Meto en mi mochila los listados de código y me marcho de allí.

Japón. Otro mundo. He estado metido en líos muy serios, me han disparado dos veces, me han atacado con un cuchillo, pero aquí en Japón me siento totalmente vulnerable. No me gustan las grandes concentraciones de gente. Estoy en una cafetería, ¿o es un restaurante?, no lo sé, he pedido una Cocacola Zero y me han traído un té de hierbas muy aparatoso, me he conformado y le he dado las gracias. Estoy esperando a un amigo que me dice que va a llegar tarde.

Sacó mi portátil y me pongo a hacer cosas. Finalmente mi amigo llega muy tarde, casi una hora tarde, cosas de Japón, el trabajo, el transporte y el tráfico de personas en las calles, que a estas horas están hasta arriba. Su Nick de internet es Zoltan, lo sé, es pretencioso, pero el tipo sabe bastante.

-Dime que no has venido a Japón sólo a verme.

-Qué va- miento- tenía una reunión con clientes.

Saco el fajo de hojas de mi mochila y se las enseño.

-Quiero que veas esto.

Mi amigo se pone las gafas, es un tipo presumido, lo mira y levanta los ojos hacia mí.

-Es de un amigo que creo que se está metiendo en líos- aunque no sé si me escucha, está inmerso en la lectura de las fotocopias que le he dado. Se toma su tiempo, pido una Cocacola ZERO, lo escribo al camarero, lo dibujo, y por fin me traen una botella ridículamente pequeña.

-¿Tú amigo es un terrorista?- me pregunta.

-Eso quiero saber, ¿en qué está metido?.

-Es difícil saber, aquí hay hojas de tres proyectos diferentes, una es de un depurador de software, otra de un programa de ataque y búsqueda de puertas traseras. No había visto nada parecido, es nuevo, y muy original, ¿me lo puedo quedar?.

-Depende de lo que me digas, ¿y el tercero qué es?.

-No tengo ni idea de lo que es, es fragmento de código de un proyecto muy muy grande, por las líneas y las librerías que mueve tiene pinta de ser algo bestial, el trabajo de años. Y una cosa más, ese código ha sido escrito a mano.

-¿A mano?, ¿cómo lo sabes?.

-Se nota, cuando estaba en la Uni nos pedían cosas así, pero ya casi nadie escribe código a mano. Es como si hubiera pasado parte de su vida en una celda, sin acceso a un ordenador, escribiendo todo esto. Leí un artículo de un hacker al que habían condenado, y se pasó su sentencia en prisión escribiendo código y burlando a los funcionarios. Inventó una clave para escribir su código, parecía que hacía dibujos abstractos, nadie hubiera imaginado que era código. Cuando salió del trullo codificó el software que escribió en prisión y se dedicó a reventar las bases de datos del ministerio de justicia.

-¿Y de qué es ese software del que escribió mi amigo?.

-Tú lo has dicho, tu amigo tiene ganas de meterse en líos, esto es software de intrusión, un programa hecho para meterse en fiestas donde nadie lo llama. Mira esto- me dice mostrándome fragmentos del código que yo, por supuesto, no entiendo- esto es lo que llamamos una solución no convencional, los hackers suelen ser poco originales y se benefician del trabajo de otros, este tío es un pensador independiente. Es…. La leche.

No pude evitar sentir un nudo en el estómago.

-Necesito que me hagas un favor- le digo.

-Eh, no pienso meterme en líos por nadie, ni siquiera por ti.

-No, no es lo que crees. Quiero que busques ese código en la red, ¿eso se puede hacer?.

Zoltan se echó para atrás, se atusó su grasiento pelo largo tras las orejas y resopló como un búfalo.

-Es posible, en teoría.

-Tío, ya sabes que es por una buena causa. Mi colega está confundido y aunque sus motivaciones son nobles puede acabar muy mal.

-Vale, vale- Zoltan no me miraba a los ojos, no estaba convencido en absoluto, pero lo hacía por puro sentido de la lealtad- al menos dime una zona de búsqueda, Internet es un pajar demasiado grande y este código es una aguja demasiado pequeña.

-México- le dije.

Capítulo 6

Un día más, una nueva revolución. Eso me repito cada vez que se va a liar una buena.

Estoy disfrazado, en un parque de Berlín Oeste. Ni yo mismo me reconozco. Mi interlocutora es una joven menuda, sostiene en sus manos un café humeante. Estamos conspirando, sí.

-Un comité de defensa de la Unión Europea va a montar una base de apoyo para equipos de fuerzas especiales, quieren garantizar el tráfico de diamantes de sangre por rutas seguras, y evitar a los milicianos.

-¿Hablamos de….

-Sí, del mismo país.

-¿Cuándo?.

-En una semana todo está listo- me pasa el café, justo abajo hay un pendrive con todo el material necesario, mapas, coordenadas, detalle de las tropas enviadas. La verdad, no sé por qué me meto en estas cosas.

Vemos a dos policías patrullando, así que nos separamos sin despedirnos. Tiro el café a una papelera, nunca me ha gustado. Ahora tengo un nuevo problema. Los polis no me quitan los ojos de encima, vale, tengo malas pintas, pero eso no es razón para detener a nadie. Localizo una cafetería, seguro que tiene baños, echo a correr y los polis echan a correr. Mi pesado abrigo, además de mi coraza de Kevlar no ayuda. Dejo un billete de cinco y Euros y pregunto por el baño. Una vez dentro me teletransporto a mi apartamento. La temperatura cambia rápido y estornudo, a veces me ocurre.

Me quito mi pesado abrigo, mis greñas postizas y mi barba, me quito las lentillas azules y vuelvo a ser yo. Cada vez paso más tiempo ocultando mi identidad. Pagué treinta mil Euros a una empresa para que borrara todo rastro de mí en la red, ni redes sociales, ni fotos. Mi Smartphone no tiene los servicios de Google, lleva una ROM Android modificada por un amigo, nada de seguimiento, nada de subir fotos a la “nube”, nada de espiar mis conversaciones. Aún así no me fío. Meto mi Pendrive en un equipo que tengo sin conexión a la red, con Linux. Allí está todo. Y las fotos 360º que le pedí, necesarias para poder “viajar” de manera rápida.

Recibo un mensaje de Zoltan: “Sigo en ello, espero tener algo en 48 horas máximo”.

Miro mi reloj, el cual me ofrece los usos horarios de cincuenta países. Busco la ciudad de Shenzen, en China, donde tengo una cita en quince minutos. Toca caracterizarse, no me quito mis protecciones. Ahora toca disfrazarse de feo hombre de negocios, dentadura, pelo corto rubio, gafas y moduras de silicona que deforman mi boca y nariz, además, una maquillaje especial hace que mi piel luzca mucho más envejecida.

Voy a la zona y la recorro desde varios ángulos. Es un polígono industrial, y es de día. Todo parece tranquilo. La gente a las que les compro el material son legal, pero nunca se sabe.

Llamo a la puerta y me abre Xuan. Es un nombre falso, como el mío. En las mesas están dispuestos los drones, 24 drones. Cada uno lleva una carga muy delicada, de tipo biológico. Una Tablet tiene el software de control y sincronización.

-Espero que viérais los mapas- le digo a Xuan.

-¿De dónde sacaste eso?.

-Del mismísimo parlamento Europeo, y tú, ¿cómo lo has confirmado?.

-Del mismísimo partido comunista chino.

Xuan me explica cómo funciona, señalas en punto en el mapa, los drones se posicionan y hacen lo demás. Mi idea es que los drones rodeen el campamento con los mercenarios/soldados y lo cubran con una nube de gas biotóxico, no los matará, pero les va a dejar secuelas de por vida. Luego los drones se dispersan y una pequeña carga de acelerante quema sus placas base.

-Quiero que lo mandéis aquí- le doy a Xuan un papel con una dirección, es un puerto en Filipinas. Tienen pocos controles y lo conozco bien.

Xuan me da otro papel, es el precio.

-Precio especial, mis amigos se identifican con tu misión. Por eso te pedimos mapas.

Tuve que cambiar de empresa de seguridad, los tipos que me proporcionaban los entrenamientos también proporcionan seguridad a los traficantes de armas y de personas. Gracias a una de mis últimas acciones los datos de clientes y proveedores quedaron expuestos, pero las cosas no son tan fáciles, la empresa de seguridad se disolvió, y montaron una nueva, con nombre diferente. Pero no es fácil buscar a gente capaz, hay mucho “campamento para ricos” que básicamente les hacen sudar y entretenerlos, no son entrenamientos de esos que casi te matan. Así que estoy con lo que llamo “milicias cristianas”, algunos los conocen como survivalistas, gente un poco radical que están convencidos de que falta un cuarto de hora para el derrumbe de los Estados y el caos. Muchos de ellos son ex militares, y algunos organizan entrenamientos con los que se financian. Algunos son buenas personas, otros son radicales bastante perturbados, y otros son racistas que mezclan religión con supremacismo blanco, y todo escondido en un mar de siglas, algo que vuelve loco a los Estadounidenses.

He realizado un entrenamiento con un grupo que se hace llamar “Base Norte”. Están más orientados a la supervivencia, uso de armas de fuego, primeros auxilios, orientación en bosques y cosas así, saben lo que hacen, pero echo de menos esos entrenamientos de contra espionaje, e interrogatorios.

Por cierto. Mi esposa ha terminado por irse de casa. Me di cuenta una semana después de su nota, era lógico. Opté por dejarle todo y una buena suma. Siempre quise decirle la verdad, y creo que sospechaba que andaba metido en cosas peligrosas, y hasta cierto punto ilegales. Mi soledad no ha disminuido un ápice. Lo cierto es que con la gente de la Base Norte me siento cómodo, no comparte su obsesión con la Biblia, pero sé que me han aceptado, y paso buenas temporadas con ellos. ¿Debería de comentarles las acciones que estoy tomando?. No lo sé.

Los bosques donde tienen su base son lugares muy hermosos, los inviernos son muy duros, pero tienen unas buenas instalaciones. Les he hecho alguna donación, que ellos han mirado con recelo, como si quisiera comprarles, Duncan, el líder la rechazó en un momento, pero se lo dije claro: Quizás algún día os pida asilo, no quiero venir a vosotros con las manos vacías. Les compré una potabilizadora de agua, un motor, y algunas placas solares. No he dicho que ellos también son orgullosos, se sienten bien dando a otros, pero son muy malos para recibir ayuda.

Paso dos días en mi apartamento, los drones han llegado a Filipinas, así que toca prepararse. He estado vigilando la base de los mercenarios y ya están casi instalados. Todo pagado con impuestos europeos, claro.

Llevo los drones uno a uno a una zona segura, a 400 metros de la base, una vez que están todos los drones, marco en la Tablet la zona que quiero que rodeen y los voy activando uno a uno, levantándolos como si fueran palomas

mensajeras, con su carga venenosa. Desde mi Tablet veo como toman posiciones, un repetidor inalámbrico en la alambrada del campamento militar potencia la señal. Los chinos han hecho bien su trabajo. Oigo sirenas y los gritos, han visto los drones. En ese momento los drones se acercan, bajan la altura y comienzan a soltar sus biogases. Me pongo mi máscara, ya visto un mono de protección QBN. Tras soltar la carga elevan vuelo y cada uno sale en una dirección. Uno de ellos ha sido capturado, así que activo el acelerante y se quema, eliminando todo rastro de software chino.

Me acerco al campamento y veo a unos cuantos soldados en el suelo, luchando por respirar, no estaban preparados para esta contingencia y no llevaban máscaras de ataque químico. Una pena, ahora otros tipos se harán con las vías de tráfico de diamantes, gente que no son mejores que los amos de los mercenarios. Saco fotos de todo, se lo pasaré a los activistas alemanes para que lo filtren. Mi cámara Gopro graba imágenes de las caras de los soldados, y me llevo un par de maletines con documentos y un portátil.

Debería estar feliz, pero no, supongo que estoy de bajón. Y no es por mi mujer, que fue una desconocida durante los dos últimos años, sino porque me doy cuenta de que no estoy consiguiendo nada. Los malos nunca duermen, y si quitas de en medio a unos, otros peores los sustituyen, pero, ¿qué alternativa hay, no hacer nada?.

Estoy haciendo limpieza de una fosa séptica, yo solito, como un campeón. La base norte necesitaba algunas tareas de mantenimiento, y yo necesitaba distraerme un poco, antes de que me pasara el día aburrido en mi apartamento, emborrachándome y con el ánimo por los suelos. Así que la decisión más sabia es apalear esa sustancia negra y vomitiva y dejar aquello limpio.

Hoy en el recinto está Duncan con su familia, que están de vacaciones, aprovechando para preparar tierras de cultivo, instalar alambradas, torres de vigilancia, y acondicionar una nueva cabaña, aquí siempre hay algo que hacer, y a mí el trabajo físico me hace mucho bien. Paso ocho horas dándole a la pala, con la espalda quejándose y sudando a chorros, pero sé que dormiré de maravilla.

Cuando termino, dejo la pala en el cuarto de herramientas después de limpiarla con arena para que se vaya el hedor. Mis ropas me piden que las queme, y me doy una larga ducha con jabón hecho artesanalmente, que huele de maravilla. Duncan y su familia no pudieron hacer noche, así que salieron, me dejaron la cena preparada, tengo la base para mí solo, cuando ceno saco mi Smartphone, que recibe cobertura 2G, y descargo durante diez minutos las noticias y mensajes pendientes. Un mensaje casi críptico de Zoltan:

MIRA ESTE ENLACE, PROBLEMAS….

El enlace es de una web de noticias:

MUEREN NOVENTA NARCOS EN UNA GUERRA ENCARNIZADA QUE LLEVA YA SEISCIENTAS TRECE VÍCTIMAS.

El titular anuncia lo que lleva días ocurriendo, los amos de la droga en México se están matando entre ellos de manera salvaje, la noticia recorre los sangrientos eventos de los últimos quince días. Ranchos incendiados y masacrados, convoys de seguridad asaltados con armas anti tanques, la guerra es total, hasta el punto de que según la ATF el tráfico se ha reducido un 35%, y el precio de las drogas en las calles ha aumentado un 60%. Pero esta subida de precios no les beneficia, la espiral de violencia es total, y alcanza a políticos, jefes de policía. Por supuesto hay víctimas inocentes, alejadas del tráfico, pero la sensación general es que, de seguir así, se exterminarán entre ellos. Por lo que veo algunos ataques tienen autoría, pero se ve que otros no. Y se ve un segundo detalle leyendo entre líneas, cada bando sabe con certeza la ubicación del adversario, es como si un maligno agente de Inteligencia estuviera susurrando los datos de los enemigos y en qué momentos son más vulnerables.

Y creo que sé quien es el susurrador. Tengo que moverme rápido.

Capítulo 7

En la ciudad de Quitloacán se reunieron cinco familias de la droga, cinco representantes de los cárteles más poderosos en lo que parecía que iba a ser unas conversaciones de paz para poner fin a una sangrienta guerra que les estaba arruinando y dejando sin soldados. Sabían que alguien les estaba sembrando cizaña, pero el odio les cegaba. Habían sufrido demasiadas muertes. La seguridad era total, centinelas con armamento de guerra custodiaban el perímetro, no tenía que pasar nada. Pero pasó. Un dron equipado con cinco kilos de potente explosivo plástico impactó la ventana del piso quince, donde se celebraba la reunión con los capos de los clanes. Una bola de fuego borró el piso doce, y los tres pisos anteriores, murieron los cinco jefes, y sesenta escoltas. El vídeo del dron fue enviado a cadenas de TV y firmado por Joaquín Romeral, señor de la droga, fugado de la cárcel hacía cinco meses. Para la prensa todo encajaba, Romerales buscaba recuperar el poder. ¡Él estaba detrás de todo!, pero nadie se cuestionaba cómo había sido capaz de disponer de tal capacidad, siendo como era, un señor de la droga huido y fuera del negocio.

Se volvió a desatar una oleada de venganzas personales, ninguna familia estaba segura. En Zurich asesinaron a los dos hijos del Gordo Campos, en Madrid una bomba mató a la mujer y a dos hermanos de Vicente Galbán, señor de la droga en Veracruz. El dinero dejó de fluir hacia los políticos corruptos, dejó de comprar lealtades, y unos pocos políticos honrados comenzaron a hacer su trabajo. El ejército mexicano comenzó a arrestar criminales y altos cargos del Parlamento mexicano, en un número sin precedentes.

Imagino que alguien estaría sonriendo desde un lugar seguro, quizás observando las imágenes de seis monitores dando noticias. Y yo había dado alas. Yo sabía lo que es tener poder, y aunque el fin había sido saludable, el camino estaba lleno de incontables cadáveres, incluyendo el de muchos inocentes.

Mi centro de entrenamiento había suspendido actividades, seguro que los mercenarios estaban haciendo lo posible para intentar proteger el negocio de las drogas. Todos ellos pagados por el principal interesado en mantener el comercio de estupefacientes: Washington D.C. Últimamente pasaba más tiempo en México que en ningún otro lugar. Había buscado en todos los sitios donde esperaría encontrar a Lector, había enseñado su foto, e incluso había colocado carteles en estaciones de bus y tren, ofreciendo una recompensa. Nada de nada.

Aquel Viernes estaba muy cansado, así que estaba pasando la noche en el Hotel Sheraton en el D.F. un hotel bellísimo, moderno y elegante. Estaba bebiendo mi segundo cocktel y miraba la pantalla de mi Smartphone. Me sentía un poco achispado ya que apenas bebo, pero no tenía sueño. El mundo lanzaba noticias de todos lados, y mi equipo me iba leyendo los feeds. En ese momento me entró una vídeo llamada con usuario desconocido. La pantalla mostró a alguien con una sudadera cuya capucha le cubría media cara, sentado en una habitación a oscuras.

-¿Te cansaste ya de buscarme?.

-Hola, amigo Lector. No, no me he cansado, sólo me he tomado una pausa en un trabajo demasiado difícil.

Mi amigo no respondió, se quedó en silencio.

-¿Dónde estás?.

-Tan lejos de todo que nadie me encontrará, y tan cerca de vosotros que no dejaré de actuar. Estoy en deuda contigo, tú me diste los medios para comenzar mi cruzada. Te hago responsable y mereces tanto mérito o más que yo.

Me sentí fatal. Yo nunca hubiera comenzado esa oleada de muerte.

-Yo sólo te hice unos regalos.

-En realidad fue mucho más que eso- dijo Lector- me diste la caña de pescar, el lanza misiles. La motivación siempre la había tenido. Se puede decir que siempre he vivido en las sombras, invisible para otras personas, pero mucho más consciente que ellos. Y eso es lo que me diferencia, yo tengo la motivación, y estoy dispuesto a pagar el precio de cambiar las cosas. Mira a ese gente que se compra su Smartphone, ¿qué hacen?, se pasan el día compartiendo fotos sin sentido. Tanto esfuerzo de las mejores mentes del planeta desperdiciado en labores de ocio para idiotas. Yo no

soy así, nunca fui así. Internet es la nueva imprenta. Una revolución de conocimiento, no una revolución de la idiotez humana. Aunque dejé la escuela pronto, nunca dejé de estudiar. Y con tu ayuda, le dediqué mucho más tiempo, aprendí cómo podía poner ruedas a mis motivaciones.

Lector inclina su cabeza, parece que está cansado.

-Una vez que tuve mi plan comencé a huir. Me llevé a mis hijos y mi esposa a la casa en el pueblo. Allí estuve trabajando en el asunto de los fondos. La economía está diseñada para ser saqueada por los vampiros financieros. Es más sencillo de lo que parece. De allí nos fuimos a un lugar temporal mientras preparaba mi fortaleza, a salvo de los monstruos a los que iba a masacrar. Como has visto ha bastado con meter el palo en el avispero para que ellos mismos se despedacen unos a otros. Lo verdaderamente difícil ha sido evitar a las agencias de seguridad de nuestros amigos gringos. Ellos son los verdaderos criminales, no los narcos. Los narcos sólo son criminales de barrio con joyas caras y armas automáticas. Otros son los que diseñan los planes. Y eso son los que me han estado buscando. Ha habido veces en las que han estado cerca de conseguirlo. Pero si estamos hablando es porque no ha sido así.

-Sé qué has hecho, pero no cómo.

-La tercera guerra mundial ya ha empezado. Es una guerra secreta. Se libra en las redes, en las guerras de desinformación, en los mercados. Es una guerra de inteligencia. La información que uno es capaz de conseguir es el mejor tanque. Recopilé los datos de los narcos de los mismos amos de ellos, los servicios estadounidenses de inteligencia. Ellos controlan dónde están sus chicos, a sus familias, sus tarjetas, sus vehículos, todo. Lo demás fue cuestión de prender fuego en ese campo seco que es el odio. Yo era el diablillo rojo que susurra: “tu enemigo está en el Rancho de Michoacán, carretera tal, kilómetro tal”, “la esposa de tu enemigo está en Cancún, Suite Real del hotel tal”. Lo demás lo hicieron ellos. Ha sido divertido.

-Han muerto muchas personas.

Lector se encogió de hombros, citando a Lenin dijo:

-No se hace tortilla sin romper los huevos. Lo siento por los inocentes, pero no derramaré una sola lágrima por los criminales ni sus familias.

-¿En qué va a parar todo esto?.

-Esto sólo ha comenzado. Tengo grandes planes para la política mexicana. Y tengo un prometedor candidato. Ya hemos dado unos cuantos pasos hacia adelante. Soy optimista.

-Pero…. ¡ese es el mismo juego que hacen ellos!.

Lector dejó escapar un suspiro de frustración.

-Vivo una vida sencilla. Mis hijos estudian en buenas escuelas, y mi esposa no tiene que trabajar. Nuestra vivienda es cómoda, bonita, aunque no es lujosa. Y tenemos banda ancha. Desde mi ventana veo un bosque y oigo a las ardillas saltar. No existe la democracia, amigo mío, sólo dos opciones, la dictadura de hombres malvados, o la dictadura de filántropos. Deja de ser un niño y abre los ojos. El pueblo son corderos tontos, dispuestos a votar al lobo como su jefe. Yo creo en el gobierno de los capaces.

Las luces de la gran ciudad brillaban desde abajo. Los cristales de mi terraza impedían que el ruido de la noche llegara hasta mí. Quizás el último hackeo de Lector había sido el hackeo a mi propia mente.

Julio Martínez

www.vidasenred.com

Madrid 29 de octubre de 2015